

# MARTES DE CARNAVAL

Por **MARÍA MAGDALENA BONETTO**

Siempre lo pienso, muchas veces lo he dicho: tuve una niñez rodeada de abundancias... así, en plural. No de dinero. Sí de cariño, en primer lugar. Sí de plantas con flores, que crecían alrededor de la casa, rústicas, variadas, de las que no se compran en los viveros y que solo reclamaban un poco de agua de vez en cuando. Sí de frutas y verduras de una huerta que cultivaba mi abuela y cuyos frutos se intercambiaban con los vecinos, porque siempre sobraban. Pero esta vez quiero hablar de la abundancia de primos.

Nuestros vecinos eran, a la vez, parientes. El de la derecha de mi casa y el de la izquierda, el de la derecha de la derecha y el de enfrente. También, cruzando la calle en diagonal, vivía una familia con tres hijos, que eran los primos postizos.

Por azar, casi todo ese numeroso grupo de primos teníamos la misma edad, entre ocho y diez años. Compartíamos gustos en cuanto a juegos y entretenimientos. Eran épocas y lugares de poco peligro, con casas grandes y patios enormes y niños libres.

Los primos postizos eran hijos de un bodeguero mediano, de los tantos de esos tiempos. Alrededor de la bodega existía un gran espacio libre, ideal para las actividades lúdicas del grupo. Para carnaval, nos convocábamos para “chayar”. Nos vestíamos con ropa vieja y, a la hora determinada, cada uno con su tarrito, empezábamos al costado de la bodega el juego del agua. Una pileta cercana nos surtía de agua. Entre risas y resbalones pasábamos tardes inolvidables.

Sabíamos que la madre de Hugo, uno de los primos, estaba embarazada. Ese solo dato, ningún otro detalle más que nos importara. Una tarde, en plena chaya, alguien gritó: “¡Nació el hermano de Hugo!”. Nos detuvimos, nos miramos y, con acuerdo tácito y silencioso, dejamos los tarritos y cruzamos la calle para entrar a la casa de Hugo.

Nadie nos detuvo, nadie nos dijo “no pueden entrar a molestar”, nadie impidió que rodeáramos la cama donde la tía, una hermosa mujer, nos sonreía y saludaba. El bebé, a su lado, dormía sin percatarse de nuestra presencia. Habremos estado un minuto en esa contemplación cuando Juancito dijo: “Vamos, ya lo vimos”.

Salimos en caravana dejando los pisos mojados y con al barro de nuestras zapatillas. Volvimos al campito de la chaya y seguimos jugando.

Así fue de simple, de espontáneo. Un nacimiento no podía interrumpirnos mucho tiempo.

No recuerdo la fecha, pero sí que era martes de carnaval.

Diciembre de 2020